

— Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.
Y ella le dió la mano, aquella á que faltaba el dedo índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

— Es muy fea—murmuró ella.

— ¡Fea! ¡Ay! no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada, ella es lo que beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios á la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

— ¡Oh, cuánto me quiere usted, Lucas, y cuánto le quiero!

Tal fué el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los marfillos, el retumbar del acero de la Crécherie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluído, la terrible batalla entre ayer y mañana iba á ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad había venido, y fueren los que fueren los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

III

Y desde entonces este fué el grito de Lucas á cada nuevo desastre que hería á la Crécherie, cuando los hombres se negaban á seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

— ¡Es que no aman! si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa á la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.

Al día siguiente, Lucas procuró retener á Ragú que quería romper el trato y dejar la Crécherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la desertión de los obreros podía arruinar la fábrica. Pero había también algo más profundo: la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar á la miseria negra, nauseabunda, á todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las calles estrechas y pestíferas del Beauclair viejo, las casuchas leprosas á través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala de la casa comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los almacenes cooperativos le disgustaba también, le inspiraba el deseo de gastar su dinero á su antojo en las tiendas de la calle de Brías, á cuyos dueños, él mismo llamaba ladrones, pero con los cuales se daba el gusto de disputar. Cuanto más Lucas insistió haciéndole ver la sin razón de su partida, más se obstinó Ragú, pensando en que si tanto empeño había en retenerle, era porque marchándose causaba daño.

— No, no, señor Lucas, esto no tiene arreglo. Puede que haga yo una barbaridad, aunque no me lo parece... Me ha prometido usted torres y montones; íbamos á hacernos todos millonarios; y la verdad es que no ganamos más que en otra parte, y además aquí hay ciertas molestias, á lo menos para mi gusto.

Era verdad, la distribución de las ganancias, en la Crécherie, no había alcanzado hasta entonces una cifra

sensiblemente superior á la de los salarios del Abismo.

—Pero vamos viviendo—respondió con animación Lucas.—Y no basta con eso cuando el porvenir es seguro? Si os he pedido sacrificios, fué con la convicción de que al final está la dicha de todos. Pero hace falta paciencia y valor, fe en la empresa, y además mucho trabajo.

Tal lenguaje no podía conmover á Ragú; sólo una frase le había llamado la atención, y dijo con fisga:

—¡Bah! la dicha de todos, eso es muy bonito. Pero yo prefiero empezar por la mía.

Entonces, Lucas le dijo que era libre, que le arreglarían la cuenta para marcharse cuando quisiera. En rigor, no tenía ningún interés en conservar á un mal hombre cuya presencia llegaría á ser un contagio funesto. Pero la marcha de Josina le desgarraba el corazón, y se sintió avergonzado al descubrir que, si tanto empeño ponía en retener á Ragú, era por retenerla á ella. La idea de que volvía á la cloaca del Beauclair viejo, en manos de aquel hombre que otra vez entregado al alcohol continuaría maltratándola, era para él insoportable. Volvía á verla en la calle de las Tres Lunas, en inmundo aposento, presa de la miseria sordida y mortífera; y no estaba él allí para velar por ella; y ahora era suya, y hubiera querido no dejarla ni un minuto, para asegurarle una vida feliz. Á la noche siguiente, volvió ella á verle, hubo entre ellos una escena cruel, lágrimas, juramentos, proyectos locos. Sin embargo, venció la prudencia; había que aceptar los hechos, si no querían comprometer la empresa que ya era de ambos. Josina seguiría á Ragú, á lo que no podía negarse sin promover un escándalo peligroso; en tanto que Lucas en la Crèche continuaría su batalla para el bien de todos, con la convicción de que la victoria, algún día, volvería á juntarlos. Eran muy fuertes porque llevaban consigo el amor invencible. Prometió ella que volvería á visitarle. Pero aun así, se les desgarraba el corazón al despedirse, y cuando al día siguiente la vió abandonar la Crèche detrás de Ragú, que ayudado por Bourrón empujaba en un carricoche el pobre ajuar de la mudanza.

Tres días después, Bourrón seguía á Ragú á quien

veía todas las noches en casa de Caffiaux. Tales bromas le daba su amigo con motivo de la horchata de la Casa Comunal, que creyó hacer un hombrada, de hombre libre, volviendo él también á vivir en la calle de las Tres Lunas. La mujer de Bourrón, Babette, después de intentar oponerse á tamaña necedad, acabó por resignarse, contenta como siempre. ¡Bah! Todo iría bien de todos modos, su marido en el fondo era un excelente sujeto que tarde ó temprano vería claro. Y reía, y levantó la casa diciendo «hasta la vista» á los vecinos, pues no podía creer que no había de volver á aquellos bonitos jardines donde tanto gozaba. Sobre todo, pensaba traer á ellos á su hija Marta y á su hijo Sebastián, que hacían grandes progresos en la escuela. Y al proponerle Scœurette que siguieran asistiendo á ella, consintió.

Pero lo que agravó la situación fué que otros obreros cedieron al contagio del mal ejemplo marchándose como Bourrón y Ragú. Les faltaba la fe, tanto como el amor, y Lucas luchaba con la mala voluntad humana, la cobardía, la defección, contra las que se choca en cuanto se trabaja para el bien de todos. Hasta en el mismo Bonnaire, tan razonable, tan leal, adivinó una oculta vacilación. Turbaban el matrimonio las diarias disputas con la Pelos cuya vanidad no estaba satisfecha, pues no había podido comprar todavía el vestido de seda y el reloj que deseaba desde su juventud.

Luego, las ideas de igualdad, de comunidad, le enfadaban, siempre pesarosa de no haber nacido princesa. Por ella, toda la casa era una tormenta, tenía á ración de tabaco al tío Lunot con más rigor cada día; zarandeaba á los niños Luciano y Antonieta. Habían tenido otros dos, Zoé y Severino, y esta era también una desgracia que no perdonaba á Bonnaire echándoselos en cara sin cesar como si fueran fruto de sus ideas subversivas, de las cuales ella también se creía víctima. No perdía la calma Bonnaire, habituado á tales tempestades, que no hacían más que entristecerle. Ni siquiera respondía cuando ella gritaba que no era más que un bestia, un bobalicón que dejaría los huesos en la Crèche.

Sin embargo, Lucas comprendía que Bonnaire no estaba de todo corazón con él. Jamás se permitía una censura, seguía siendo el obrero activo, exacto, concienzudo, que daba ejemplo á sus compañeros. Y á pesar de esto, en su actitud había desaprobación, casi cansancio y desaliento. Esto hacía padecer mucho á Lucas, desesperado al ver que un hombre á quien tanto estimaba, cuyo heroísmo conocía, se apartaba de él tan pronto. Si este dejaba de creer ¿sería porque la empresa era mala?

Una tarde, al obscurecer, tuvieron una explicación á la puerta de los talleres, sentados en un banco. Se habían encontrado al ponerse el sol; bajo un ancho cielo tranquilo, y se sentaron y hablaron.

—Sí, señor es verdad—respondió tranquilamente Bonnaire á una pregunta;—tengo grandes dudas respecto del buen éxito. Recordará usted además que nunca he tenido sus ideas, y que su tentativa siempre me ha parecido mal desde el punto de vista de las concesiones. Si me he prestado á ello fué como á un experimento. Pero según adelantan las cosas, veo que me he equivocado. El experimento está hecho, va á haber que intentar otra cosa, obrar revolucionariamente.

—¡Cómo que el experimento está hecho!—exclamó Lucas.—¡Oh! estamos comenzando. Esto exigirá años, muchas vidas de hombres acaso, un esfuerzo secular de buena voluntad y de valor. ¡Y es usted, amigo mío, usted el enérgico, el bravo quien duda tan pronto!

Le miraba, fijándose en su torso de coloso, su ancha faz apacible donde se leía tanta fuerza honrada. Pero el obrero movió suavemente la cabeza.

—No, no, la buena voluntad y el valor no harán nada. Es que el método de usted es demasiado suave, cuenta demasiado con la prudencia de los hombres. Esa asociación del capital, del talento y del trabajo caminará siempre á trompicones sin fundar nunca nada sólido y definitivo. El mal ha llegado á tal grado de abominación que hay que curarlo con el hierro candente.

—¿Entonces, qué hay que hacer, amigo mío?

—Es preciso que el pueblo se apodere en seguida de los instrumentos de trabajo, que arranque el ca-

pital á la clase burguesa, disponiendo de él por sí mismo para reorganizar el trabajo universal y obligatorio.

Y una vez más expuso Bonnaire sus ideas. Seguía entregado por completo al colectivismo, y Lucas, que le escuchaba con pena, se asombraba de no haber adelantado nada en este espíritu reflexivo, pero obtuso. Tal como le había oído hablar en la calle de las Tres Lunas, la noche en que había dejado el Abismo, así volvió á encontrarle, con el mismo pensamiento revelunario: sin que los cinco años de experiencia comunista, pasados en la Crèche, hubiesen modificado su fe. La evolución era demasiado lenta, el progreso sólo por la evolución pediría todavía muchos años, y él se cansaba, no creía más que en la revolución inmediata y violenta.

—No se nos dará jamás lo que nosotros no tomemos—dijo concluyendo.—Hay que tomarlo todo para tenerlo todo.

Callaron. Se había puesto el sol. Los relevos de noche habían vuelto al trabajo en el fondo de los talleres retumbantes. Y en este esfuerzo continuo de la faena, Lucas se sentía invadido por una indecible tristeza, viendo que su empresa iba también á comprometerse por la prisa de los mejores para salvar su ideal. ¿No era muchas veces la batalla furiosa de las ideas quien estorbaba y retardaba la realización de los hechos?

—Yo no quiero discutir de nuevo con usted, amigo mío—añadió al fin.—No creo que una resolución decisiva sea posible y buena en las circunstancias en que estamos. Y sigo convencido de que la asociación, la cooperación, ayudadas por los sindicatos, son el lento camino preferible que nos conducirá á la ciudad prometida.... Muchas veces hemos hablado de esto sin poder entendernos. ¿Para qué empezar otra vez y molestarnos inútilmente?... Pero lo que espero de usted, es que seguirá siendo fiel á la causa que juntos hemos fundado, en las dificultades que atraviesa.

Bonnaire hizo un ademán brusco de enojo.

—¡Oh! Señor Lucas, ¿ha dudado usted de mí? Bien sabe que no soy un traidor, y que ahora, puesto que

usted me libró un día del hambre, estoy dispuesto á comer mi pan seco con usted todo el tiempo que haga falta.... No tenga miedo; lo que acabo de decirle no lo digo á nadie. Estas cosas son para los dos. Pero naturalmente no voy á desanimar á los obreros anunciándoles la ruina próxima... Asociados estamos y asociados continuaremos hasta que las paredes se nos vengán encima.

Lucas con gran emoción le estrechó las manos. Y á la semana siguiente se conmovió más todavía al sorprender una escena que pasaba en el taller de los laminadores. Le habían advertido que dos ó tres obreros ligeros de cascos querían hacer lo que Ragú, procurando arrastrar cuantos obreros pudieran, y al llegar para restablecer el orden, vió á Bonnaire, en medio de los levantiscos, interviniendo con vehemencia. Se detuvo, escuchó. Bonnaire, valeroso, decía todo lo que había que decir, recordaba los beneficios de la casa, calmaba las inquietudes con la promesa de un porvenir mejor si se trabajaba de firme. Se imponía por su estatura, por guapo, y todos se aplacaban oyendo á uno de los suyos cosas tan razonables. Ni uno sólo hablaba ya de romper la asociación, las defecciones quedaron contenidas. Y Lucas no olvidó este espectáculo de Bonnaire, el buen gigante, apaciguando á los revoltosos con soberbio ademán, como héroe del trabajo que respeta la faena aceptada libremente.

Pero cuando Lucas le dió las gracias, de nuevo sintió el corazón lastimado por esta sencilla respuesta: —Es muy sencillo, he hecho lo que debía... Pero no importa, señor Lucas, es preciso que le atraiga á mis ideas. De otro modo acabaremos todos por morir aquí de hambre.

FIN DEL TOMO PRIMERO

